

hizo rápidos progresos, sus padecimientos se habían hecho insoportables, y en vista de los deberes que el porvenir le podía imponer, no titubeó ya en someterse á una operacion que temia haber retardado demasiado.» El 24 de diciembre de 1872 se declaró indispensable la operacion de la talla por una consulta de médicos, en la cual además de los de cabecera tomaron tambien parte sir Enrique Thompson, sir William Gull y sir James Paget, y se fijó para este acto, con anuencia del emperador, el 2 de enero de 1873. La operacion marchó perfectamente y el paciente se encontró en los siguientes días en estado muy satisfactorio y esperanzado; en una segunda operacion hecha el día 6 de enero el estado del enfermo dió lugar á temores, y la tercera operacion, que debia hacerse el día 9 de enero, no pudo verificarse por la excesiva debilidad del paciente, que falleció aquel mismo día hácia las tres de la tarde. La emperatriz estuvo presente á la muerte, y el príncipe imperial llegó desde Woolwich á Chislehurst dos horas despues del fallecimiento de su padre. Sabido es que pocos años despues quiso el destino que tambien muriera el príncipe en la guerra contra los zults, llevándose las últimas esperanzas de los bonapartistas. La emperatriz vivió todavía muchos años despues del derrumbamiento de su fortuna. Continuó residiendo en Chislehurst y no es probable que despues de la muerte de su hijo se haya ocupado en planes políticos, ó por lo menos no hay ninguna prueba de ello.

## CAPITULO XIX

## LA RUINA DEL IMPERIO

En los días que precedieron á la catástrofe de Sedan, el gobierno francés, lisonjeándose con brillantes esperanzas, procuraba ocultarse la situacion desesperada. Palikao aseguró á la cámara que los prusianos habían tenido ya en esta campaña 200,000 bajas y que dentro de cinco días se verian delante de medio millon de franceses. Al mismo tiempo se admitia como seguro que Mac-Mahon conseguiria reunirse con Bazaine y causaria á los prusianos delante de Metz una derrota formidable. Esto hizo tanto mas terrible el golpe que produjo la noticia de Sedan. El gobierno se esforzó por suavizarlo un tanto, dando á conocer solo gradualmente la verdad; y aunque la emperatriz debia haber recibido el telégrama cifrado de Napoleon, la agencia Havas dijo por la mañana del 3 de setiembre que el ministerio de la Guerra no habia recibido todavía noticias oficiales y que las extraoficiales eran tan contradictorias que no podia hacerse caso de ellas. Al propio tiempo se tranquilizó al público con la consideracion de que aunque hubiese sido derrotado Mac-Mahon podria sostenerse en Sedan, lo mismo que Bazaine en Metz, ocupando así al segundo ejército aleman para dar el tiempo necesario á la fortificacion de Paris y á la formacion de nuevos ejércitos franceses. A pesar de todos los calmantes se encontró sin embargo Paris en una excitacion febril. Antes que la cámara pudiera abrir hácia las tres de la tarde su sesion, corrieron voces de una capitulacion, de la herida de Mac-Mahon, del paso de una parte del ejército al territorio belga y de la prision del emperador. Palikao continuó asegurando que el gobierno no habia recibido noticias oficiales, pero convino en que la tentativa de Bazaine para abrirse camino habia fracasado y que el ejército de Mac-Mahon habia sido derrotado. Al propio tiempo dió la noticia de algunas acciones afortunadas y pidió á la cámara que apelara á la fuerza viva del país. Levantóse contra él Favre diciendo que pues nada se sabia del emperador, resultaba que éste, segun confesion de Palikao, no daba ya órdenes á los ministros y

de consiguiendo el gobierno habia cesado de existir. Contra esta consecuencia protestó vivamente la mayoría; pero Favre añadió que era necesario que se llamara á la cabeza del gobierno á Trochu, que disfrutaba de la confianza general.

Además de este general, á quien la izquierda consideraba como el brazo derecho de la defensa nacional, contaba la izquierda con Thiers como cabeza de esta defensa. Pero Thiers, antiguo partidario del sistema parlamentario, no quiso encargarse de la direccion en circunstancias tan vagas y rechazó todas las instancias que se le hicieron en este sentido antes de empezar la sesion, en una reunion que tuvo con Favre, Simon y algunos otros jefes de la izquierda. Respecto de Trochu, dijo Palikao en la sesion, si bien sin estar autorizado para ello, que este general era demasiado leal y honrado para encargarse del papel para el cual se le destinaba. La sesion fué levantada despues de corto rato para que las secciones pudiesen conferenciar sobre algunas proposiciones de defensa general. Entretanto fueron cobrando forma mas precisa de hora en hora las noticias funestas. En la embajada inglesa y en la belga se habían recibido despachos oficiales que comunicaban la capitulacion de 60,000 hombres y la prision del emperador (1). Hácia las seis convocó la emperatriz á los ministros á un consejo que duró dos horas y en el cual se decidió un manifiesto que debia comunicar á los franceses la desgracia que habia sufrido la patria. Véanse los términos en que fué redactado: «Despues de tres dias de luchas heroicas que el ejército de Mac-Mahon ha sostenido contra 300,000 enemigos, han sido hechos prisioneros 40,000 hombres. El general Wimpffen, encargado del mando en lugar del mariscal gravemente herido, ha tenido que capitular. Esta terrible desgracia no disminuye nuestro valor. Paris se halla hoy en estado de defensa. Se organizan las fuerzas militares del país y dentro de pocos dias habrá un nuevo ejército dentro de los muros de esta capital. Se está formando otro ejército á orillas del Loira. Vuestro patriotismo, vuestra union, vuestra energía salvarán la patria. El emperador ha sido hecho prisionero en el combate. El gobierno, de acuerdo con las cámaras, adopta las disposiciones que exige la gravedad de los sucesos.»

Faltaba poco para las doce de la noche cuando este manifiesto fué impreso y fijado en las esquinas; pero mucho antes se habia esparcido ya la voz de que las noticias fatales que corrian eran verdaderas. Grandes masas recorrian las calles, y las voces: «¡Destitucion! ¡Destitucion! ¡República!» resonaron cada vez mas atronadoras. Trochu, que fué instado á hablar al pueblo, invitó á la multitud á dirigirse á la cámara, diciendo que su mision se reducía á dirigir la defensa. Delante del cuerpo legislativo calmó Gambetta á las turbas diciendo que aquella misma noche tendria una sesion la cámara.

En efecto, Keratry, Dreolle y unos cuarenta diputados mas habían ido á ver al presidente Schneider diciéndole que al día siguiente era seguro que el cuerpo legislativo se veria rodeado por la poblacion de los arrabales, y que de consiguiendo era necesario ganar á la revolucion por la mano y nombrar un consejo de gobierno que en su opinion debia componerse de hombres de todos los partidos de la cámara, poniendo á su cabeza á Palikao. Este último, sin embargo, que entretanto habia acudido á la reunion, no quiso admitir el encargo, diciendo que habia recibido su empleo de la emperatriz y que no podia aceptarle de otros. Cuando la cámara abrió su sesion era la una de la madrugada, y entonces tomó Palikao la palabra solo para pedir el aplazamiento de la sesion hasta el mediodía, á lo cual le contestó Favre que

(1) Dreolle: *La journée du 4 septembre*, pág. 21.

nada tenía que objetar al aplazamiento, pero que desde luego presentaba la proposicion de declarar destituida la dinastía napoleónica y de nombrar una comision de la cámara que se encargase del gobierno y cuidase de la defensa del país, confirmando á Trochu en su cargo de gobernador de la capital. Ninguno de los ministros protestó ni tampoco la mayoría de la cámara; solo el anterior ministro Pinard exclamó indignado: «No podemos hacer eso; nosotros no podemos decidir la destitucion.» La sesion duró en total apenas diez minutos.

El resto de la noche pasó tranquilamente. El ministerio no tomó disposiciones contra los desórdenes que eran de esperar seguramente para el siguiente día. La emperatriz tuvo conferencias con algunos personajes de confianza como Merimee y el príncipe de Metternich, los cuales la aconsejaron dirigirse á Thiers. Merimee se encargó de invitar á éste para que se hiciera cargo del gobierno, pero Thiers se negó rotundamente diciendo: «Despues de Sedan no queda ya nada absolutamente (1).» A las siete de la mañana del 4 de setiembre volvieron á reunirse los ministros en el aposento de la emperatriz y resolvieron excitar á la cámara á formar un consejo de regencia nombrando á Palikao lugarteniente. Este último se creyó bastante fuerte para poder sofocar una sublevacion. Era domingo y el tiempo magnífico; la poblacion de los arrabales acudió al centro de la capital, reuniéndose en el transcurso de la mañana millares de personas, particularmente en la proximidad del cuerpo legislativo, esperando la destitucion de la dinastía. El edificio estaba rodeado y guardado por la policia y mucha tropa. La excitacion creció cuando hácia el mediodía corrió la voz de que se habia proclamado la república en Lyon y de que la guarnicion habia fraternizado con el pueblo. Entretanto se firmaban en las salas del cuerpo legislativo proposiciones pidiendo la instalacion de una comision gubernativa, pero que no pedian la destitucion de la dinastía. Thiers tambien habia formulado una proposicion en este sentido que empezaba así: «En atencion á estar vacante el Poder» (*Vu la vacance du Pouvoir*); pero los miembros de la derecha, cuyas firmas solicitaba Thiers, no quisieron admitir este preámbulo porque la regente representaba todavia el poder gubernativo, y al fin se conformó Thiers en modificarlo de este modo: «En vista de las circunstancias,» con lo cual reunió cincuenta firmas para su proposicion. Entretanto llegaron los ministros y solicitaron firmas para su proposicion de nombrar «un consejo de regencia.» Este nombre fué conceptualo tambien arriesgado y peligroso, y por lo mismo la derecha pidió que se dijera: «consejo de gobierno,» y despues de mucha resistencia accedió la emperatriz á este nombre, despues que Palikao le habia enviado para enterarla á Duvernois (2).

La sesion se abrió á la una y Palikao leyó el proyecto de ley redactado por el consejo de ministros que pedia que la cámara eligiera por mayoría absoluta de votos una comision de cinco miembros para encargarse del gobierno y de la defensa del país, y que fuese nombrado Palikao lugarteniente general de esta comision, que elegiria sus ministros á su voluntad. Esta proposicion fué recibida con silencio glacial; Favre pidió la urgencia para su proposicion de destitucion. Thiers se levantó y dijo que daba la preferencia á esta proposicion, que tenia en su favor la mayor claridad; pero como ante todo era menester la union, presentaba esta otra proposicion: «En vista de las circunstancias la cámara nombrará una comision para encargarla del gobierno y de la defensa del país. Se convocará una asamblea constituyente tan pronto como lo

(1) Darimon: *Notes*, pág. 273.

(2) Dreolle, pág. 62.

permitan las circunstancias.» Se decidió la urgencia para las tres proposiciones y á las dos menos cuarto se suspendió la sesion para que las secciones pudiesen elegir la comision. Durante este tiempo las masas habían tomado en las plazas y calles adyacentes una actitud cada vez mas amenazadora. Al saberse la proposicion de Palikao, se manifestó la indignacion en términos violentos y se oyeron cada vez mas impetuosos los gritos de destitucion y república, al paso que se aumentaba el empuje de la multitud contra la verja y las puertas del edificio. La fuerza armada que estaba allí para proteger el edificio, simpatizaba con la multitud y su resistencia iba flaqueando por momentos, hasta que finalmente se abrió camino el torrente, invadió el cuerpo legislativo y llenó en un momento tambien la sala de sesiones. A pesar de esto la izquierda instó al presidente Schneider á ocupar otra vez su puesto y abrir la sesion de nuevo. Con grandísimo trabajo consiguieron Cremieux y Gambetta restablecer cierto órden y silencio; pero apenas hubo tomado la palabra Schneider se reprodujo el tumulto, el presidente se vió rodeado en su misma silla y con trabajo pudo salvarse bajo la proteccion de algunos diputados, sin experimentar insultos ni de palabra ni de obra. La sala fué entonces teatro de excesos; la multitud abrió los pupitres, esparció y rasgó los papeles; muchos se pusieron de pié sobre los bancos y ocuparon las tribunas de los oradores; un jóven se sentó en la silla del presidente y otro agitaba la campanilla. Por fin consiguió Gambetta volver á la tribuna y dominar el ruido. «Ciudadanos, exclamó, en vista del peligro de la patria; en vista de que no se ha dejado tiempo á la representacion nacional para decretar la destitucion, y en vista de que nosotros representamos el poder gubernativo legítimo por haber salido del sufragio universal, declaramos: que Luis Napoleon Bonaparte y su dinastía han cesado para siempre de reinar sobre la Francia.»

A los aplausos que excitaron estas palabras, se unió el deseo de proclamar la república, á cuyo deseo contestó Favre en términos interrumpidos continuamente por expresiones de aprobacion y de contradiccion, excitando al pueblo á no provocar con este paso la efusion de sangre y á no hacer inevitable la guerra civil. «No obligueis, dijo, á soldados franceses leales, quizás extraviados por sus oficiales, á dirigir sus armas contra vosotros. Sus armas únicamente deben servir contra los extranjeros. Unámonos todos en el amor patrio y en el de la democracia. No es aquí donde puede proclamarse la república.» No obstante la multitud insistió en su exigencia, y esto indujo á Gambetta á declarar: «¡Pues bien, venga la república! ¡Ciudadanos, vamos á proclamarla en el Ayuntamiento!» Esta proposicion encontró tambien resistencia; pero cuando Favre, Gambetta y otros diputados se dispusieron á dirigirse al Ayuntamiento, les siguieron las masas, dejando al cuidado de la turba restante el velar para que no se volvieran atrás los diputados de la mayoría y tomaran resoluciones á favor del imperio.

Se reunieron entonces, á las cuatro y media, unos doscientos diputados en el salon de la habitacion del presidente y conferenciaban bajo la presidencia del vice-presidente Le Roux por indisposicion de Schneider. Habia entre ellos tambien algunos miembros de la izquierda, y Garnier-Pagés fué el primero que tomó la palabra para proponer que la asamblea se conformara con lo que no tenia ya remedio, diciendo que probablemente el gobierno provisional se habia instalado ya en la casa del Ayuntamiento, y que por lo mismo era preciso reconocer á este gobierno provisional. Buffet protestó contra esta proposicion con gran aplauso de la mayoría. Mejor fué recibida la proposicion de Dreolle de que algunos de los presentes pasaran al Ayuntamiento para entenderse con

los colegas reunidos allí. Entretanto se supo que la multitud había penetrado en las Tullerías y que la emperatriz había tenido que huir, lo cual hacía temer que la asamblea se vería interrumpida á lo mejor por una nueva invasión. Por otra parte se dijo que la comisión elegida por las secciones había tomado á pesar de los desórdenes su resolución respecto de las tres proposiciones que se le habían encomendado y que Martel, el ponente elegido por la comisión, se hallaba presente, por cuyo motivo debía oírse su dictamen y resolver despues de haberle oído. Hecho esto podía aceptarse la proposición de Dreolle y entrar en relación con los colegas reunidos en el Ayuntamiento. Hízose así por decisión de la mayoría, y Martel dijo que la comisión había aceptado esta redacción: «En vista de la cesación del poder gubernativo la cámara nombrará una comisión para el gobierno y la defensa del país. Esta comisión se compondrá de cinco miembros del cuerpo legislativo y nombrará los ministros. Tan pronto como lo permitan las circunstancias se convocará al pueblo para resolver en una asamblea constituyente sobre la forma de gobierno.» Apenas hubo contradicción alguna sobre lo principal; Pinard y otros protestaron vivamente contra la idea de que hubiera cesado el gobierno; sin embargo, la gran mayoría se conformó con las explicaciones de Dreolle, que dijo que la huida de la regente ponía fuera de duda la cesación efectiva del gobierno, y en su consecuencia se decidió por unanimidad menos cinco ó seis votos aceptar el dictamen de la comisión y se encargaron diez de los miembros presentes, entre ellos Garnier-Pagés, Grevy y Martel, de comunicar esta resolución á los reunidos en el Ayuntamiento.

Estos enviados encontraron á su llegada funcionando ya el nuevo gobierno compuesto de diputados de París. Grevy le presentó la resolución del cuerpo legislativo y Favre prometió dar la contestación en la sesión que volvería á continuar á las ocho de la noche. Esta sesión fué mucho menos numerosa, faltando en ella también Le Roux, por cuya razón se suplicó á Thiers que ocupara la presidencia. Tomó la palabra Favre anunciando la formación del gobierno provisional y expresando el sentimiento de que Thiers, el diputado de París de mas fama, se hubiese negado á formar parte de este gobierno. Dijo que en él había entrado también Rochefort, que no cedería á los demás en moderación, y que todos habrían preferido contar entre ellos á Thiers; que se agradecería al cuerpo legislativo que confirmara el nombramiento del gobierno y que en otro caso se respetarían sus escrúpulos, pero que de todos modos seguiría el gobierno nombrado con completa libertad según sus convicciones. Dicho esto se alejó con Simon, que le había acompañado, y la asamblea empezó á discutir lo que convenía hacer. Los miembros mas apasionados propusieron protestar en toda forma, á lo cual se opuso Thiers con energía y éxito, diciendo que si bien no se debía reconocer el nuevo gobierno, tampoco debía hacerse oposición porque representaba por el momento la causa de la defensa del país; que debían todos desearle el mejor éxito por patriotismo, y que enfrente del enemigo, que muy pronto estaría delante de París, no cabía otra resolución para que pudiera retirarse dignamente el cuerpo legislativo. La mayoría se declaró con esto conforme, y cuando á las diez de la noche se levantó la última sesión del cuerpo legislativo sus postreros miembros vieron al retirarse que la guardia nacional se encargaba de la custodia de la sala y que Glais-Bizoin hacía sellar las puertas.

El senado también se había reunido al mediodía en sesión y despues de un discurso de Chabrier había desahogado sus sentimientos en entusiastas vivas al emperador, á la emperatriz y al príncipe imperial. A propuesta del presidente

Rouher resolvió esta corporación continuar en sesión permanente hasta recibir noticias del cuerpo legislativo, y cuando se supo que éste había sido arrollado por la masa del pueblo se convino en protestar contra este acto y los reunidos continuaron todavía algún rato juntos, esperando que el populacho se dignara visitar también al senado; pero como esto no sucedió, no habiendo otros asuntos que discutir se separaron los senadores con promesa de volverse á reunir al día siguiente á la hora acostumbrada. Por la noche, el gobierno provisional hizo sellar también esta sala de sesiones.

La emperatriz había empezado aquel día tan ominoso por una visita á la ambulancia que se hallaba instalada en las Tullerías y había asistido luego á la misa. Despues había presidido el consejo de ministros y entonces se sucedieron las noticias que la enteraron de la creciente agitación y de la reunión de las masas populares, noticias que recibió con resignación sin ninguna idea de resistencia, diciendo á Rouher que bastante sangre se había derramado en los campos de batalla y que ella no quería que tiñera las calles de París por la dinastía. Trochu, que la visitó hácia las once, la aseguró que haría cuanto estuviese en su poder; pero ella dijo hablando luego con Chevreau, ministro del Interior, que no había que esperar nada de Trochu. Hácia el mediodía solicitaron Buffet, Daru y tres diputados mas una audiencia para suplicarla que ella misma excitara al cuerpo legislativo á elegir una comisión gubernativa en vista de la insuficiencia de los poderes que le había dado el emperador, y que correspondía al cuerpo legislativo, como el segundo poder elegido directamente por el pueblo, encargarse de la dirección de los negocios. Esto convenció á la emperatriz de que todo estaba perdido y de que lo que se le pedía era la abdicación. No sabiendo que hacer, dirigió á los diputados á Palikao, cuyo consejo quería seguir. Entretanto creció el peligro, y el número de fieles que la rodeaban fué también en aumento, reuniéndose á su corte la princesa Clotilde, las esposas de los mariscales Pelisier y Canrobert y los embajadores Metternich y Nigra, estos dos últimos para instalarla á huir; y como el general Mellinet, que estaba encargado de la defensa de las Tullerías, contestara negativamente á la pregunta de si podría detener á la multitud del pueblo sin derramamiento de sangre, se decidió la emperatriz á las dos y media á abandonar el palacio. Acompañada de las esposas de los dos embajadores citados, de su lectora, la señora Lebreton, y de una hermana del general Bourbaki, llegó á la pequeña puerta que conducía á la plaza Saint-Germain-l'Auxerrois, donde estaba preparado un coche de alquiler en el cual entraron la emperatriz y la señora Lebreton, mientras el príncipe de Metternich únicamente dijo al cochero: *Boulevard Haussmann*. Al llegar á esta calle bajaron las dos señoras del coche y entraron en otro que pasaba, al cual dieron orden de conducir las á casa del dentista americano Evans, que vivía en la avenida Malakoff y con cuya fidelidad podía contar la fugitiva. Allí pasaron la noche las dos señoras y á la mañana siguiente las condujo en su coche propio el dentista, acompañado de su colega Crane, por la Puerta de Maillet á Saint-Germain y desde allí sin otras peripecias por Evreux á los baños de mar de Deauville, situados en la embocadura del Sena, adonde llegaron á las seis de la tarde. Evans se dirigió al dueño de un *yacht* inglés, hijo del general Bourgoyne, que se hallaba allí, pero que puso dificultades cuando supo la persona á quien había de salvar, y solo despues de muchas instancias admitió á la emperatriz. Despues de una travesía tempestuosa llegó á las ocho de la mañana al puerto de Hyde. El mismo día se juntó la emperatriz con su hijo en Hastings. Evans pasó á Londres para buscar un alojamiento á propósito, eligiendo para este objeto á Camden-

House en Chislehurst, donde la familia imperial fugitiva se estableció permanentemente.

Se ha dicho, y probablemente con razón, que esta huida misteriosa de la emperatriz fué una empresa perfectamente inútil, pues que el nuevo gobierno había tomado todas las disposiciones necesarias para conducirla con toda seguridad á Inglaterra; pero para ella y para su protector era todavía muy dudoso, cuando se hacía preciso tomar una decisión, si el gobierno que acababa de instalarse en el Ayuntamiento sería efectivamente dueño de la situación. No obstante, la transición del régimen imperial al nuevo gobierno se efectuó con gran facilidad. Gambetta y Keratry fueron los primeros diputados que se presentaron en el Ayuntamiento y tomaron posesión de las oficinas, é inmediatamente Gambetta con el asentimiento de las masas nombró á Keratry prefecto de policía y á Estéban Arago, que se hallaba presente, alcalde de París. Verdad es que se oyeron voces que pidieron que se nombrase alcalde á Rochefort, mas éste, que sacado del encierro fué conducido en triunfo al Ayuntamiento, recomendó para alcalde á Arago. Entretanto llegaron también Favre, Simon, Picard y Manuel Arago, y entonces se decidió proponer al pueblo un gobierno provisional formado por todos los diputados elegidos en París, incluso los que habían aceptado otro cargo. Favre salió al balcón para hacer esta proposición al pueblo, y tan grande era en aquel momento su popularidad que fué aplaudida su lista de nombres ruidosamente, sin que hubiese oídos para aquellos que propusieron á Blanqui, Delescluze, Pyat y otros socialistas. Thiers, que también era diputado por París, no aceptó; pero Trochu se declaró dispuesto no solamente á entrar en el gobierno nuevo, sino á aceptar también la presidencia del mismo gobierno. Inmediatamente se publicó para conocimiento de los habitantes de París esta proclama: «Ciudadanos de París: Se ha proclamado la república. Se ha nombrado un gobierno por aclamación. Componen este gobierno los ciudadanos Manuel Arago, Cremieux, Julio Favre, Julio Ferry, Gambetta, Garnier-Pagés, Glais-Bizoin, Pelletan, Picard, Julio Simon y Rochefort, todos representantes de París. Se han dado poderes militares al general Trochu para la defensa nacional; se le ha confiado la presidencia del gobierno. El gobierno encarga á los ciudadanos el orden. El pueblo tendrá presente que el enemigo está delante. El gobierno es ante todo un gobierno de defensa nacional.»

La historia de Francia había, pues, terminado otra evolución. El imperio se había hundido otra vez en la república, de la cual había salido. Solo muy contadas voces de compasión y sentimiento se exhalaban tímida é imperceptiblemente. Sobre los que habían servido á la dinastía caída y sobre la misma dinastía pesaban la culpa abrumadora y el infortunio; porque bajo la impresión de los últimos sucesos enmudeció la consideración de que el régimen odiado y caído había tenido también su lado bueno, y solo se habló de su origen criminal y de su vergonzosa ruina, de su despotismo arbitrario, de su falta completa de fuerza y solidez, de su inmoralidad inicua y de sus falsas é hipócritas frases democráticas. El juicio mas imparcial que hoy se forma del imperio, despues de veinte años, confirma muchas de estas acusaciones, pero también atenúa muchas y sobre todo hace ya justicia bajo diversos aspectos al gobierno napoleónico. No siendo todavía hoy posible asegurar que el régimen republicano garantizará el orden interior de Francia, mucho menos podía asegurarse tal cosa en el año 1851. Napoleón cuando menos consiguió que la Francia pasara un período de diez y ocho años sin que el país sufriera revoluciones, y sobre esta base se desarrollaron las fuerzas materiales de la

Francia de una manera hasta entonces nunca vista ni presentada. No puede, pues, negarse al emperador la gloria de haber conocido á la primera mirada dónde el gobierno podía favorecer al país, ya facilitando las comunicaciones y el comercio, ya suprimiendo derechos y disponiendo la construcción de ferro-carriles, puertos y canales. Verdad es que el sistema del libre cambio que Napoleón fomentó, apreciando acertadamente las condiciones y necesidades económicas de su país, resulta hoy desacreditado, prevaleciendo la corriente proteccionista, gracias en Alemania á la protección de Bismarck; pero cuando esta reacción pasajera haya pasado, se hará justicia á la parte mas gloriosa del sistema gubernativo de Napoleón. Además no puede ocultarse ya hoy día que Napoleón dió el primer empuje práctico á la moderna cuestión social, que elevó á la categoría de una de las cuestiones mas importantes que se presentan á los gobiernos modernos, mereciendo grandes alabanzas sus esfuerzos de elevar los intereses de las clases obreras á la altura de los intereses de las clases poseedoras. Tampoco puede reprochársele que se hubiese extralimitado en sus disposiciones de la prudente intervención del gobierno en esta materia; y en vista de la extensión que ha adquirido en Alemania el socialismo gubernativo, hay que confesar que el emperador Napoleón procedió con la mayor prudencia. No ha llegado todavía el tiempo de formar un juicio imparcial en este concepto acerca de la actividad de Napoleón; pero desde luego hay que admitir el hecho de que si por un lado la oposición hizo á Napoleón durante su gobierno, en los términos mas vivos, el cargo de que acostumbraba á la clase obrera á esperar todo del Estado como una segunda Providencia, por otro lado la experiencia no ha confirmado este juicio desde que el socialismo gubernativo se ha hecho moda; lo cual es otra prueba de la dificultad de formar un juicio imparcial de la política del segundo imperio por estar todavía demasiado cerca de nosotros. Se teme aun comprometerse reconociendo los méritos de Napoleón y se prefiere por ser mas fácil criticar sus defectos. Se ha culpado al imperio de los males que han acompañado innegablemente á la prosperidad material sorprendente y se le ha hecho responsable sin razón en primer lugar de la desmoralización que acompañó á la prosperidad, la cual suscitó una codicia desenfrenada que no reparaba en los medios de hacer fortuna. Un gobernante enérgico, de gran elevación moral y en posesión legítima del poder, hubiera podido hacer mucho con su ejemplo y rigor para robustecer la moralidad en esta caza de riquezas; pero Napoleón no se hallaba en circunstancias propias para esto, ni por sus cualidades personales ni por su pasado político. Sin embargo, la perversión moral de la época no fué debida ni á Napoleón ni á su gobierno, sino que había echado ya sus raíces bajo la monarquía de julio, siendo hija de la época y de su espíritu, que embriagado por los progresos materiales gigantescos menospreció otros factores menos deslumbradores del bien público como la piedad, la moralidad, la sobriedad, etc. También fué un mérito que el emperador no fundara su política extranjera exclusivamente sobre el egoísmo nacional, sino que procurara despertar las simpatías á favor del principio de las nacionalidades en el pueblo francés; y solo al encontrar resistencia en la nación francesa se fué alejando de esta idea, siendo la primera concesión que hizo en este punto á la obcecación nacional, funesta para él y su dinastía, el haberse hecho pagar con Niza y Saboya el auxilio que había prestado á los italianos. Con este acto desmintió la pretensión orgullosa de que la Francia sabía luchar por una idea. No por eso perdió Napoleón la fe en el triunfo final del principio de las nacionalidades; pero renunció á ser el adalid de esta idea y continuó en